

BASILIO Alvarez, muerto en 1943, continúa siendo el gran misterio de la historia gallega de este siglo. El imposible olvido a que se ve sometida su trayectoria contrasta, de inmediato, con el vivo recuerdo que de él guardan las gentes de edad, sobre todo las de humilde condición. Las más audaces iniciativas actuales encuentran casi siempre señal de su presencia, como si en todo estuviera aún (y vivo, en cierto modo, todavía) tan curioso personaje. Este clérigo —que pierde y recupera hábitos— no protagonizó una vida fácil, y su muerte, cercada por la miseria, en el exilio americano de un hospital de Florida, permite recoger la señal más honda de una trayectoria entrañada en la contradicción del agrarismo gallego más radical.

Cedo, con el relato de los primeros años públicos de Basilio Alvarez, a ciertas presiones, tratando de remediar, de mala manera, una laguna historiográfica que me ocupará detenidamente en otros momentos y lugares. Dada su decisiva influencia en el trazado posterior de su figura, esbozaré aquí su arranque como orador de multitudes, como el «demagogo» de las historias, como el agitador que escuece y escarnea por aquello que hace a la agitación siempre temible: dado que replantea y hace consigna primaria un recorte de la propia condición, porque identifica temiblemente la cruz y la rebelión.

EL AGITADOR SE HACE

"Nuestra labor es ahora enteramente negativa. Sólo queremos destruir, pero no temáis, que pronto sustantivaremos nuestro apostolado creando política de afirmación. No os asuste ni os extrañe ver a una sotana casi rebelde. Esta rebelde la encontráis en la Biblia y en la obra inmensa de los Santos Padres".

(En el mitin de Carballiño, 8 de septiembre de 1912.)

Basilio nació en el Orense de 1877, dentro de una familia acomodada que le dio «estudios». Continuó éstos en el Instituto orensano, pasando pronto al Seminario Conciliar de San Fernando. Clérigo ya, cumple su función por capellanías urbanas y rurales; se vincula al Círculo Católico de Obreros de Orense, que cuidadosamente controla el Obispado, y trabaja abundantemente para El Eco, diario de la misma ciudad que orienta y dirige un periodista y crítico formidable de la Galicia de la Restauración: Valentín Lamas Carvajal, que le dispensa admiración y amistad hasta su muerte en 1906. Basilio Alvarez, como el autor del *Catecismo do*



Basilio Alvarez, foto publicada en «El Parlamentario». Muerto en 1943, continúa siendo el gran misterio de la historia gallega de este siglo.

BASILIO ALVAREZ RADIOGRAFIA DE UN AGITADOR

Labrego, será, antes que muchas cosas, periodista, y la información, su actualidad y su compromiso, han de atarle a las miserias de cada día, convirtiéndole pron-

echándose a la mar, a un naufragio, junto al castillo de San Antón.)

En 1904 escribe acaloradamente El cura rural, para protestar

J. A. DURAN

to en pieza fundamental de interiores y en personaje de primera plana. (Se cuenta también que por entonces, siendo cadete en La Coruña, salvó de la muerte,

del republicanismo vigués que alienta el plante campesino en el pago de las cargas y tributos eclesiásticos. Y éste era su tono —de periodista clerical, matizado por

la amistad y la influencia de Lamas— cuando en 1907 se llega a Madrid para establecerse como capellán del marqués de Urquijo nada menos, dejándose llevar por las grandes familias de la Corte, y especialmente de la admiración y el apoyo que le dispensa Vales Failde, provisor general de la diócesis de Toledo y catedrático de Sociología de la Universidad Católica. Basilio Alvarez paga en semblanzas los servicios, colaborando en la revista Galicia, hecha para gloria y pavoneo de la oligarquía gallega de la Corte, cantando a Luis Espada, a doña Emilia o al mismo Cristo de Orense, cuando no al «cuco de Lourizán», don Eugenio Montero Ríos, como si hubiera instrumentalizado en su favor las duras «mostacillas» de Carvajal:

Nuestros políticos más celebrados,
ya sean alcaldes o diputados,
un mismo rumbo siguiendo van,
como los moros sobre camellos
van a la Meca, sentados ellos
en tren dirigen a Lourizán.
Allí están todas sus esperanzas,
allí está el germen de su ambi-

ción.
Allí está el alfa del caciquismo,
el arca santa del fusionismo
y allí recibe culto el santón.

Sin embargo, pronto se ven señales de que esta doma pertenece a una de las caras de su figura, que es capaz de cantar y de abofetear al mismo diputado, de inaugurar y afrentar la línea tranquilocostumbrista de una editorial gallega de Madrid, de dirigir y de ajusticiar, linchándola para siempre, la misma revista Galicia ya citada. Y este estilo de contradicciones son carne y ley de su figura, llegando a sus límites cuando Basilio —director y cuasifundador de El Debate— se vea marcado por el dedo de la prensa clerical y celebrado, sin embargo, como ejemplo de honestidad por la «mala prensa» y aun por publicaciones «sediciosas». Pero estas contradicciones tan sólo en parte le pertenecen. (No se ha de pasar por alto el hecho de que su renuncia a la dirección del famoso «diario católico independiente» tenga como motivo primordial, según parece, que no comparta la actitud abiertamente dualista de la empresa, lanzada, con Luis Antón del Olmet, a continuos encuentros a sable y a pistola con los redactores de otro diario recién nacido: El Radical.)

LOS ANTIFORISTAS

"Antes, cuando el cacique ordenaba a la gleba que no escuchase la voz de los hambrientos (así nos llaman los politicastro), de los revoltosos que venían de la

BASILIO ALVAREZ

ciudad en son de pelea y a golpe de doctrinas demoleadoras, el pobre campesino se santiguaba y cerraba a piedra y todo las puertas de su choza. Sabía que si asomaba la cabeza para oír las terribles prédicas, ya tenía tras sí doble cuota de consumos. Ahora no. Ya pueden tronar recio y amenazar bárbaramente los señores feudales, ya pueden venirles con el cuento de que somos socialistas y anarquistas, que vamos predicando el atentado personal y hasta halagarlos con promesas de extraños beneficios y peregrinas dádivas... Nuestros labradores ya olvidaron, de puro sabido, que sus naturales verdugos son los caciques, y cuando los ven, rugen, y cuando les intentan hablar, los desprecian".

(De *Abriendo el Surco*, La Habana, 1913.)

Desde 1907, la actividad agraria había tomado en Galicia un cuerpo inesperado: los **soldados** por tierras coruñesas mayormente, los **antiforistas** por áreas pontevedresas en especial, inflamaban con sus tonos cada vez más radicales la placidez caciquil de los distritos. Pero la fuerza de estos movimientos —de tono contestador, de aires democráticos y de inspiración agrarista— estaba en las asociaciones campesinas, que desde ese mismo año se expanden como por efecto de una explosión. El foro, la milenaria institución que regía la forma predominante de «tener/dar» la tierra en Galicia, y el **cacique**, como chivo de todo delito estructural contra el ejercicio de los llamados derechos ciudadanos, pasan a ser ejes de una ideología compleja, confusa, en la que el clérigo orensano había de moverse pronto como pez en el agua.

La miseria labradora, los emigrados pobres de Madrid y el círculo de amigos de la Corte, radicalizados por las últimas noticias de las luchas campesinas de Galicia, precipitarán una toma de posición en gran medida sorprendente. Basilio Álvarez va a protagonizarla de manera progresiva, sobre todo cuando en 1909 las noticias se vuelven tensas y dramáticas, cuando hablan de agitaciones y de anarquismo agrario en tierras de Betaños, del Eume o de El Ferrol, cuando el torbellino de los acontecimientos envuelve y desbarata el Círculo Católico de Obreros de Orense, culpado, como **El Eco** y el Obispado, del motín y la masacre de Osera...

Tales acontecimientos, discutidos día a día en las redacciones y en la diaria tertulia de la cafetería Excelsior, darán ocasión al nacimiento de Acción Gallega, movimiento surgido de la creciente preocupación que por las cosas de su tierra y de su gente siente un grupo de intelectuales, profesio-

sionales y políticos de Madrid: Alfredo Vicenti, director de **El Liberal**; Manuel Portela Valladares, diputado a Cortes por Fonsagrada; Raimundo R. Vilariño, concejal conjuncionista del Ayuntamiento de Madrid; Antón del Olmet, Alcalá Martín, Enrique Peinador, Prudencio Canitrot..., diarios asistentes a la tertulia. Acción Gallega dará ocasión a que Basilio Álvarez protagonice un estilo de agrarismo que hará del clérigo, tan moderado, un agitador.

la contradicción como un reto y se echan a los campos sin descuidar su portavoz que sirve de eco a sus andanzas y de tribuna para los diversos frentes agraristas de Galicia. Los mítines y las asambleas se suceden, iniciándose por las luguessas tierras de Ribadeo, Mondoñedo, Riotorto, bajando a Meira, llegando a Fonsagrada y Becerreá para sacar adelante en las elecciones a Portela y a Vicenti. Mas en nada de esto hacían novedad los de Acción Gallega. Ni un recuerdo merecerían tan

anarquista». Basilio aprendería aquí una lección que no ha de serle poco útil años más tarde: cómo las caracterizaciones mecánicas, por estrambóticas que sean, tienen una primordial utilidad si se instrumentan desde posiciones de poder. En una ágil interpretación periodística de los sucesos arremete contra el gobernador civil de Orense en estos términos:

«Sólo siento el lapsus que al Gobierno le hizo cometer el poncio orensano, porque ahora las gentes, siempre suspicaces, van a creer que las revoluciones y las hidras de estos días no eran más que ampulosidades del lenguaje, muy provechosas para apuntar demasiado alto y no despreciables tampoco para darse postín».

Pero, ¿dejaría de ser sospechoso —y fácil de serle echado en cara— que el señorito de Madrid, clérigo y capellán de las «mejores» familias, director de **El Debate** nada menos, profesor de Religión del Instituto de Toledo y de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, autor celebrado de **El libro del periodista** (1912), tuviera para sus ratos de aflicción y de mala conciencia el paño de lágrimas de unas «oraciones agrarias» echadas por los campos de vez en vez?... Así estaban las cosas, ciertamente, cuando los acontecimientos se precipitan. Atiéndase a la trascendencia biográfica de esta cronología de 1912:

BASILIO ALVAREZ (año 1912)

JUNIO

Aparece **El libro del periodista**, que llama poderosamente la atención, pronunciándose acerca de él buena parte de las publicaciones periódicas españolas.

JULIO

Homenaje en Madrid. Asisten doscientos comensales. Hay representación de toda la prensa diaria y semanal de la Corte. Se reciben adhesiones de La Cierva, Cobián, Sánchez Anido... y de toda la oligarquía gallega de la capital.

Inopinadamente, abandona Madrid para hacerse cargo de la feligrésía campesina de Santa Eulalia de Beiro, en el desaparecido municipio de Canedo, inmediato a la capital orensana, con importante asociación agraria de clara inclinación al socialismo. (Por cierto: el abad anterior había sido asesinado un año antes.)

AGOSTO

Aquí sitúo yo aquella leyenda que un viejo agrario me contaba: Llegan a Orense los infantes doña Teresa y don Fernando, y piden que los guíe don Basilio (quien, por cierto, ya lo había hecho en mayo, mostrándoles la Exposición Castelao del Iturrioz y regalándoles



Dibujo de Castelao sobre el abad de Beiro.

ACCION GALLEGA, EN EL CAMPO

"Mirad, peregrino en este sendero de nuestro resurgir, quiero continuar caminando con dignidad franciscana, porque no se puede jugar a los apóstolados sin estar propicios a toda hora a sacudir las sandalias. Además, soy de los que creen que el dinero envilece. ¿Quién sabe si nuestra fuerza está en nuestra propia pobreza?... ¡Asambleístas! ¡Que el oro siga huyendo de nuestras manos honradas, no sea que venga el diablo de la fortuna a trocarlos en villanos!"

(En la IV Asamblea Agraria Gallega, Ribadavia, 1912.)

Desde enero de 1910, los contertulios de Excelsior tienen un quinquenario como portavoz. Basilio lo dirige: Acción Gallega se llama. Pero, ¿cómo hacerla en Madrid? Los personajes aceptan

siquiera si en aquellos encuentros de los campos no se produjera un gran descubrimiento: en un tiempo como aquél, en que un orador poderoso valía su peso en oro, Basilio Álvarez, con voz potente, gesto brusco y expresivo, retórica barroca, pero hecha a base de «zarpazos» imaginativos, pasaba como un ciclón por los campos, atrayendo cadenas de labradores vestidos de romería, ansiosos de comprobar lo que parecía cuento: que un cura, enfundado en su amplia sotana, decía cosas terribles y hermosas en una impecable propiedad castellana.

Los sucesos de Viana (1) le darán ocasión de brillar como alentador de los campesinos encarcelados de las sociedades, culpables —según la acusación de los jueces— de practicar «terrorismo

(1) Ver TRIUNFO, número 533 (16-XII-1972): «Los caciques de Viana».

ACCIÓN GALLEGA

REVISTA QUINCENAL
Defensora de los intereses regionales

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: ANUAL 12 Ptas. SEMESTRAL 6 Ptas. TRIMESTRAL 3 Ptas. VENTAS SUAVES EN TODAS LAS PARTES DE ESPAÑA



«Acción Gallega» dio ocasión a que Basilio Álvarez protagonizara un estilo de agrarismo que hizo del clérigo, tan moderado, un agitador.

«Mientras toca la gaita»). Y Basilio lo hace y, además, los convida a un almuerzo. Prepara 15 cubiertos: para ellos tres, y para doce «pobres de solemnidad». (Aquí se entusiasma mi comunicante y me decía: «Debian parecer los doce apóstoles».)

El Orense oficial le rinde homenaje el 18. Están todos los que son.

El día 25, quemando más que el sol de agosto, aparece el Manifiesto de la Liga de Acción Gallega. Lo firman, junto a Basilio, estos jóvenes, nacidos en la década del ochenta: Eugenio López Aydllo, Manuel Lustres Rivas, Javier Montero Mejuto, José Rodríguez Pavón y Ramón Fernández Mato, que ahí está para contarlo.

El Manifiesto anunciaba temporal:

«Os predicaremos solidaridad y rebelión. Solidaridad para que progreséis, para que os redimáis. Rebelión para que contestéis al ultraje del político como es lícito que se conteste al tirano».

Y el 1 de septiembre, a las cinco de la tarde, en la plaza de la villa de Ribadavia, ante 4.000 campesinos, se encuchó el primer «canto de guerra». Empezaba así:

«Hemos venido solos, hijos de Ribadavia, porque temíamos que cualquier aliado pudiese comprometer nuestra independencia. Para alistarse en esta mesnada hace falta traer limpia la camisa y limpia la conciencia».

Y un poco más tarde:

«No venimos a dar a nuestro la grimeo histórico su último golpe. Venimos a sentar nuestra primera afirmación: aquí existen millones de hombres honrados que sufren, que han hambre y sed de justicia, que tienen sobre sus hombros la maldición del foro, que pesa sobre sus frentes el escarnio del cacicuelo y sobre sus conciencias el atraco de su voluntad. Y existe la falange de los dilapidadores, la casta reducida de malhechores, la gavilla de verdugos dedicada a hacer juegos malabares con vuestras víctimas. Aquí vive el bando de la opresión».

CANTOS PARA UN AGITADOR PERSEGUIDO

«Yo no sé de nadie que pudiese recibir más injurias. Creo que todo lo bajo y rastroso se desató furioso ante mi paso. Y los cobardes llegaban sin blandir el trabuco, que esto tendría atenuantes, ya que mi reto era lanzado a pecho descubierto. Se levantaban, insidiosos, salpicando de infamias mi caminar, mordiendo al caballero, deshonrando al sacerdote. Una mañana desperté convertido en formidable anarquista... Apa-

reci preconizando el atentado personal».

(De *Abriendo el Surco*, Habana, 1913.)

Fue muy poco después, en noviembre de 1912, a raíz del tercero de los grandes mítines de Acción Gallega, celebrado en el valle Miñor pontevedrés, ante una concentración insólita en una reunión política de los campos: diez mil campesinos. Basilio remató su «oración» en estos términos:

«Y termino. El dolor tanto tiempo hacinado acumuló en nosotros energías eléctricas. Hartos de ser briznas en esta riada que todo lo traga y todo lo lleva, nos hemos agrupado para ser diques. ¡Que vengan ahora tempestades! ¡Que vengan ahora que somos rayos, rayos que diremos a los cuatro rumbos, trágicamente si a ello nos empujan, a sangre y fuego si es preciso: ¡muieran los caciques, abajo los tiranos, viva Galicia redimida!».

La acusación le vino de un compañero de cuerpo; un clérigo la formuló; el obispo de Orense, siempre al acecho, le prestó atención. Otro obispo, el de Tuy, le salvó por una vez, y Vázquez de Mella, con un elogio oportuno, hizo confusos los motivos del primer ataque. Pero por breve tiempo. Los apóstrofes eran temibles, la inflamación y el poder de convocatoria de Basilio entre labradores, formidable.

El abad de Beiro era en verdad, como Fernández Mato nos decía, «una barrica de pólvora que estallaba cada domingo en un coto caciquil». Las parroquias campesinas escuchaban de boca del clérigo cosas que jamás se escucharan en reunión alguna de los campos: «Contra los verdugos hay que ser fieras», gritaba en Redondela. «¡Azadón, noble azadón, muestra en lo alto tus garfios de acero! ¡Hoz, celta hoz, enseña a tus verdugos el brillo de tus tragedias!», decía en Entrimo. «Las revoluciones son como las calderas. Sólo estallan cuando la presión revienta las paredes», pregonaba en Villagarcía. Fue en Cuba donde, se dice, proclamó a los cuatro vientos aquella frase terrible: «¡Hay veces que la dinamita huele a incienso!». Se había lanzado a la agitación a cara descubierta: «El día que me veáis claudicar, fusiladme por la espalda. Prefiero cien veces la muerte a que sobre mí proyectéis una sombra maldita».

El prestigio de Basilio desde 1912 es incomparable con el de cualquiera otro personaje de Galicia (de ahí que Castela lo dibuje como la primera figura en la serie de personalidades que hace para *La Voz de Galicia*, de

Buenos Aires, en 1914). Los poetas cantan en él al sembrador de los nuevos tiempos:

¡Sementador! O trigo dos veles
[rales
mostra as espigas mestas e dou-
[radas,
e as segadoras fouces, afiadas,
teñen tráxico brillo de puñales.

Pero las imágenes de la retórica poética no dan siquiera idea pálida de aquellos encuentros agrarios, con multitudes de hombres y mujeres, niños y ancianos, apiñadas en torno a los rojos estandartes de las sociedades, entre bandas de música, orfeones, roquilleiras y vendedores de chilindradas; la expectación policial y el cerco de los civiles envolvía la reunión. Los asistentes cantaban el himno de Acción Gallega, compuesto por Cabanillas:

¡Ergámonos sin medo!
¡Que o lume da toxeira
envolva na fogueira
o pazo señorial!

No había lugar a salvo de estas entradas violentas de los agrarios. Así, en La Estrada, meca política del mismísimo marqués de Riestra:

«Ya lo veis. Este castillo roquero aparece cuarteado. Vuestras voluntades tuvieron más brío que la dinamita... Aquí hay que gritar más reciamente que en parte alguna, porque en La Estrada, campesinos, había plantado sus reales el hombre que tiene agarrada a media Galicia».

Así, en Bande, «feudo» político de Bugallal:

«Ya sabía yo que los caciques quieren guardar la violencia de la acción para descerrar las arcas municipales, pero nunca para matar a la luz del día».

O en la misma Compostela, cuando cantó de la Universidad aquello de ser fábrica de cac-

ques, precisando la idea, más en general: «Los que traen algún bagaje cultural me escaman, porque los creo tráfugas, aspirantes a caciques o inadaptados». Y ya en el límite, cuando descubre el fondo de sus creencias:

«¿Que a dónde vamos? Vamos en compañía de la lógica a hacer reaccionar al agónico. Y ningún revulsivo estimamos más eficaz que la subversión del orden. La experiencia nos está demostrando que todos los otros procedimientos nacidos al amparo de la ley no son más que emplastos. Para otras regiones donde existe la libertad de la protesta, entiendo que sería una enormidad preconizar la violencia. En Galicia, donde ni siquiera existe el derecho al grito, hay que plantarse de un salto en la revuelta; de otra manera, ni se nos escucha siquiera».

El agitador se había fundado a sí mismo con todas las consecuencias (procesos, pérdida de la parroquial, suspensión de las garantías constitucionales, desenganche de amigos, de los primeros compañeros de viaje...). En tal momento es cuando llega a la tribuna del Ateneo de Madrid. De la expectación, esto nos dice *El Liberal* (22-II-1914):

«El anuncio de que el propagandista iba a dar una conferencia en el Ateneo llevó ayer a la calle del Prado tal cantidad de gente ansiosa de oírle, que mucho antes de comenzar el acto estaba el salón lleno hasta rebosar. Y cuando no hubo manera de colocar una persona más ni en las tribunas ni siquiera en los pasillos, estalló el conflicto: gran número de personas intentaron penetrar violentamente, y como no bastasen los esfuerzos de los porteros para contener la avalancha, fue necesario recurrir a fuerzas de Seguridad para que desalojasen la escalera y el portal, expulsando a los asaltantes. Un viejo ateneísta decía, comentando lo ocurrido: «Esto no había pasado nunca».

Y tal es el tono de la «oración» en el Ateneo pronunciada, que la contradicción se afirma para muchos años. *El Universo*, y sobre todo *La Epoca*, como la «buena prensa», atacan en Basilio a un clericalismo insólito que predica la revolución. *El País*, diario de la Conjunción Republicano-Socialista, le defiende, y *El Liberal*, de Vicenti, cuyas simpatías por el melquiadismo están patentes, le retrata como a un bíblico ermitaño, a la altura de las circunstancias:

«La tierra, apuñalada a traición, ha encontrado su verbo, y él ha hecho resonar en la cátedra del Ateneo su bramido desesperado de dolor y cólera». ■ J. A. D.